

ENSEÑANZA PROFÉTICA: “SER UN PUEBLO DEL VIENTO” (Domingo, 05 de julio de 2015)

Pastor Carlos Nanetti

Oye la voz del Espíritu, oye la voz del Espíritu, dice el Señor. Esta mañana oye el viento, dice el Señor, oye el viento para que puedas ser llevado esta mañana, dice el Señor. Mi Espíritu quiere llevarte, mi Espíritu quiere llevarte, dice el Señor. Oye el viento para que sepas cuando extender las velas, dice el Señor. Oye el viento para que dejes de remar, oye el viento, dice el Señor. Sé un pueblo del viento, sé un pueblo que oye al viento, que oye el sonido, que sabe por el sonido que el viento está llegando y sabe por dónde ir, sabe cómo extender las velas.

No seas un pueblo de remos, dice el Señor, no seas un pueblo de remos. Vas a avanzar y vas a llegar pero vas a llenar del sudor de la carne, vas a llenar el barco del olor al sudor de la carne. Yo vengo para oler, dice el Señor, por eso oye el viento, llénate de celos por el viento, llénate de deseos por el viento. Llénate de deseos por mi presencia, llénate de deseos de mi presencia. No desees otra cosa, vuélvete lleno, desesperado de mi presencia. Vuélvete un pueblo desesperado, desesperado de la presencia. Vuélvete un pueblo desesperado, vuélvete un pueblo desesperado, desesperado de la presencia. Vuélvete un pueblo del viento.

Oye el viento, oye el viento. El viento trae el clamor de Dios por los perdidos, el viento trae las cargas de lo alto. Oye el viento, no temas soltar el remo, no ames tus remos, ama el viento, ama el viento como las águilas aman el viento. Ama el viento, ama el viento, no te dejes atrapar por los montes y por los collados. Ama el viento, ama el viento.

Déjate llevar por el viento, el viento del Espíritu nunca ha dejado de soplar. Los cielos no se han cerrado sobre tu nación. El viento nunca ha dejado de soplar. Pocos son los que oyen el viento, dice el Señor, pocos son los que se extienden y se dejan gobernar, pocos son. Mira,

grandes naves, mira las naves grandes gobernadas por un timón pero el hombre quiere gobernar, el hombre quiere gobernar y donde gobierna el hombre no está el viento, no está el viento, no está el viento, y cuando el hombre toma el control tiene que remar y remar. Mi pueblo tiene que remar y remar y remar y llenan del olor de la carne, del olor de la fuerza del hombre y Yo me tengo que levantar.

Oye pues el viento, se desesperado por el gobierno de mi Espíritu. Sé un pueblo desesperado por el gobierno del Espíritu, sé un pueblo desesperado por el gobierno del Espíritu al punto que llegues y digas: “Prefiero morir a no ser desesperado por el Espíritu, a no tener el Espíritu, a no tener el Espíritu”. No dejes que la lámpara se apague, no dejes que el aceite mengue, no dejes que la lámpara se ensucie, no dejes que la mecha se apague, no dejes que la lámpara se ensucie. Sé un desesperado, ¿no te ha mostrado mi Hijo acaso, dice el Dios de los cielos, lo que es ser desesperado por el Espíritu, lo que es vivir gobernado por el Espíritu?

¿No era mi Hijo Dios en la tierra, no podía tomar sus propias decisiones como Dios, no tenía acaso el derecho? Y tú, no tienes ni siquiera el derecho; sin embargo, el hombre se levanta soberbio y sin el gobierno dado por Dios gobierna mi Casa, extiende los remos y dice: “Vamos a ir en nuestra fuerza y vamos a llegar más lejos”. Y los hombres se fascinan por la fuerza del hombre y quieren ser parte. Pero tú, se gente del Espíritu, dice el Señor, tú se gente del viento, dice el Señor, tú se gente del viento. Suelta tu remo, suelta tu remo, sube en el barco y escucha el viento, y escucha el viento, y cuando oyes el viento dejas las velas.

Extiende las velas y ríndete a la guía del viento, ríndete al camino del viento y déjate llevar. Sea tu clamor, sea tu desesperación, sea tu necesidad, sea tu desesperación el viento. “Dios, danos el viento o morimos” sea tu oración, sea tu corazón, sea tu corazón cada día pararte entre la muerte y la vida por el viento, hasta que aprendas a vivir sólo con el viento,

sólo con el viento, hasta que aprendas a depender tanto del viento.

¿La nube no se movía acaso con el viento, no era el viento que movía la nube y, cuando el viento paraba, no se paraba la nube? ¿No se paraba el campamento? Pero ellos se paraban porque estaban en un desierto, y si no se paraban cuando se paraba la nube, iban a morir. Ellos lo hacían por su egoísmo, por necesidad, no lo hacían por la fe. La fe es aquello que se hace por amor perfecto al que está en los cielos.

Déjate llevar por el viento, déjate lavar del sudor por la Palabra, déjate llevar por el viento, déjate llevar por la nube. La nube se mueve con el viento. Si no estás desesperado por el viento no vas a poder oír el viento. Sólo vas a oír tus pensamientos, sólo como caballos tus pensamientos, tus necesidades, tus heridas, tus lamentaciones, tus dolores, tus afanes tus necesidades. Una y otra vez van a hablar contigo y no vas a poder oír el viento, no vas a poder oír el viento, no vas a poder oír el viento.

¿No ves cómo el viento cambia todo, no ves cómo el viento transforma todo, no has visto el viento que ha traído el frío, la lluvia y ha cambiado todo y ha creado un nuevo ambiente? Así es el viento, así es el viento, dice el Señor, y si Yo soplara viento caliente cambiaría totalmente el ambiente. La atmósfera cambiaría totalmente, los hombres cambiarían totalmente las vestiduras, cambiarían totalmente.

Mira pues y aprende, ¿no has cambiado tus vestiduras con el viento? ¿No ha soplado el viento y toda la atmósfera ha cambiado, toda la ciudad se ha transformado porque el viento ha traído el frío, la lluvia? Toda la tierra se ha transformado, todo se ha transformado, los caminos de los hombres se han transformado, todo se ha transformado, todo se ha transformado. Ha venido el viento, ha venido el viento, va a volver otro viento y todo se va a transformar otra vez.

Así es en el Espíritu. Si traes el viento, si te dejas llevar por el viento, la atmósfera cambia,

mi presencia se siente a gusto, mi presencia hace su labor. La unción te enseña, el Espíritu te revela mi mente, ves los pensamientos del Altísimo, el mundo se vuelve a mí, los perdidos se arrepienten. Pero, si eres gente del sudor, gente de los remos, no cambias nada, sólo el ambiente en el barco cambia, no cambias nada afuera, sólo el ambiente en el barco cambia. Pero, si traes el viento, la ciudad es conmovida, las gentes cambian su ropaje, el arrepentimiento se hace real y muchos son salvos.

Se gente del viento, la única esperanza es el viento. El Espíritu es la única esperanza, es mi Iglesia gobernada, enseñada por la cultura del Espíritu. Esta es la única esperanza, esta es la única esperanza. El único plan es el Espíritu gobernando mi Casa, el único plan, el viento. No tengo otro plan sino mi Espíritu en control de mi Casa. Mi Casa, mi plan; mi Casa, mi herencia; mi herencia, un pueblo del viento; mi herencia, padres que producen viento y enseñan a sus hijos a volar en los vientos del Altísimo; mi viento, que los lleva al trono y conocen al que está sentado en el trono y oyen del trono, y tiemblan llenos del temor del que está en el trono y hacen la voluntad del que se sienta, el Soberano.

Acércate pues confiadamente al trono, pero no te acercas con remos, te acercas en el viento. ¿Cómo subes? En el viento. ¿Por qué dice confiadamente? Porque tu naturaleza dice: “Quédate en la tierra, es segura, quédate en el esfuerzo del hombre”. Pero, la naturaleza celestial dice: “Abandónate al Espíritu, abandónate y déjate llevar, confía en el que lleva a lo alto”.

No esperes que baje, sube tú. Sube a mí, sube a mí, sube a mí, no por la voz externa, no por el mandamiento externo como era antes, por el viento como es ahora, por el Espíritu que está en ti. Sube a mí, sube a mí, sube a mí, déjate llevar. Entiende la lección, entiende la lección que he tratado de enseñarte con el frío, con la lluvia, con el viento, con las nubes. Trata de entender lo que Yo trato de enseñarte. ¿No soy

Yo el Dios que saca el sol? ¿No soy Yo el Dios que saca las nubes? ¿No dices tú que Yo soy el Dios que controla todas las cosas? ¿No he controlado Yo el clima para enseñarte, no lo he hecho para demostrarte que Yo soy solamente?

Lo hago para enseñarte, soplo para enseñarte, ¿no vives en una ciudad de vientos, no estás hasta molesto con el viento? ¿No vives en una ciudad que se transforma con el viento? No importa qué diga el hombre, no importa quién dirige los asuntos de los hombres, el viento cambia las vestiduras, estas vestiduras. Yo soplo mi viento y Yo digo: “Quiero que se cambien las vestiduras confiadamente porque Yo soy Dios, no hay nada que temer”. Si es en mi Espíritu, no hay nada que temer, si es en el espíritu solamente del hombre, hay mucho que temer. Si es en el esfuerzo del hombre, hay mucho que temer.

Pero, a los hombres les gusta el esfuerzo de ellos, les gusta construir torres para atrapar las deidades. ¡Les gusta edificar! Pero, tú sé como mi Hijo. “No tengo donde colocar mi cabeza”, dijo mi Hijo, porque no estaba atrapado, porque había muchos lugares donde ir: a la casa de Lázaro, la casa de los cobradores de impuestos, la casa de Pedro; había muchos lugares, la barca tenía lugar. No estaba hablando de un lugar, aunque estaba hablando de un lugar, estaba tratando de enseñarte algo: “No pertenezco a esta tierra”. Estaba tratando de enseñarte algo.

Piensa, ¿no iba mi Hijo de casa en casa, no le abrían las casas? ¿No entró al templo y dijo la Casa de mi Padre es? ¿No hizo un lugar donde recostar su cabeza en la barca? ¡Piensa! ¿De qué estaba hablando ÉL? De otra dimensión, de otra vida, de una vida que no está atrapada a las cosas de la tierra, de otra vida, de otra dimensión. Era hombre de otra dimensión, era hombre del viento, era hombre del Espíritu, era hombre que decía: “El príncipe de las tinieblas está viniendo por aquí; vámonos, él no tiene nada, no tiene nada como atraparme a esta tierra. Me ha ofrecido todo lo de esta tierra, nada, nada me atrae a esta tierra. Mi atracción

es mi Padre, mi atracción es hacer Su voluntad, mi atracción es levantar los ojos, glorificar el nombre del Padre”.

Entiende de lo que estaba hablando, entiende de lo que estaba hablando. Recostar, no tengo dónde recostar; descansar, no tengo dónde descansar en esta tierra. Mi reposo no está en esta tierra, mi reposo es hacer la voluntad del que me envió. ¡Piensa! Reposar, tener sueños, soñar. Mis sueños no son de esta tierra, mis sueños son los sueños del Padre. No tengo lugar, ¡piensa! Los hombres se fueron a sus casas y Yo he subido al monte, dice el Señor, y el Hijo ha subido al monte y el Espíritu ha subido al monte, y el trono estaba conectado con el monte y el Hijo ha subido al monte. No tengo lugar, mi lugar es en el monte. No tengo lugar donde recostarme. El Hijo del hombre, piensa, como tú, no está diciendo el Dios eterno, el gran Yo soy. El Hijo del hombre, su título favorito, como tú en un cuerpo que está atrapado por la gravedad de la tierra, por la muerte.

Un hombre como tú, trabajaba como tú, dormía como tú, tenía hambre como tú tienes. Se cansaba como te cansas, tenía sed. Carpintero, tenía oficio, hijo de carpinteros. Tenía familia, sus hermanos, tenía hermanos y hermanas, como tú. Le salían callos en las manos como a ti, si se hería se lastimaba como tú. Rechazado por los hombres, como tú. Nada le ataba, “no tengo lugar en esta tierra”, decía el Hijo del hombre, mi lugar está en los cielos. ¿No había acaso tantas casas, tantos lugares? Claro que había, pero piensa lo que ÉL habla, ÉL no habla como tú, ÉL no dice las cosas naturales como tú dices. Todo lo que ÉL habla enseña la vida que quiero enseñarte a ti.

Por esto soplo el viento, por esto vives en esta ciudad, por eso los vientos son así. Por eso la lluvia es así, porque está tratando de llamarte la atención. Y los hombres se afanan y no oyen lo que Dios está hablando, y se afanan y tienen que cambiar las vestiduras. Están hasta incómodos, ¿no es así? Así es en el espíritu, tu

ser natural está incómodo, tu traje natural está incómodo.

Cambia tus vestes, vístete como hijo del viento, vístete como hijo del Altísimo. Oye mis palabras, oye el viento, oigan lo que les digo. Miren, miren lo que les digo. ¿De qué está hablando? Oigan el viento, miren el viento, miren el ¡gobierno del Espíritu!, el gobierno celestial, el gobierno de los vientos, el hombre del viento: Cristo el Señor, el hombre del viento: Cristo el Señor.

De viento en viento, así he andado con los hijos de los hombres, moviendo la nube, moviendo mi Hijo, moviéndome en la faz de la tierra. Acércate pues confiadamente. Entiende lo que está diciendo, no temas abandonarte. No a tu alma, no a tus emociones, no a tus sensaciones, al Espíritu del Dios Altísimo que nunca quiebra la Palabra, que guarda los mandamientos, que obedece de todo corazón, Así es, así es.

Tu nación, una nación anclada a la tierra. ¿No adoran la madre tierra, no se sientan en la tierra para intercambiar, para hacer negocios? ¿Negocios no hablan de relaciones, pacto? ¿Negocios no hablan acaso de dioses a quienes se les rinde culto? ¿Por qué se sientan en la tierra, por qué se sientan en la tierra y venden desde la tierra? Piensa, así es tu nación. Pero tú no seas gente de la tierra, tú se celestial, tú se celestial.

La madre tierra, cuando tú no te dejas llevar por el viento estas diciéndole, cuando tu tomas los remos estas diciéndole, cuando tu traspiras y no te dejas guiar estas diciendo: “Bienaventurada es la madre tierra”. Esta es la frase que estás hablando, pero cuando te sueltas y te dejas llevar estás diciendo: “Bienaventurado el Dios de los cielos”. ¿Por qué el Padre Nuestro comienza diciendo: “Padre nuestro que estás”? ¿No estaba Yo frente a ellos enseñándoles el Padre Nuestro, y por qué dice: “Padre nuestro que estás en los cielos”? Porque te he llamado a ser celestial, porque el Espíritu es una persona celestial, porque Jesús se ha ido porque tenía un cuerpo terrenal para que no relacione tu mente

con nada terrenal, porque el fruto del Espíritu es el fruto del reino celestial, del reino espiritual, de la dimensión de Dios.

Yo no me voy a atrapar a la dimensión de los hombres, Yo no me voy a atrapar al comercio de los hombres. Yo soy hombre del viento, soy hombre del viento, y el que quiere andar conmigo debe aprender, debe ver a los que andan en el viento, debe seguir a los que andan en el viento, y debe aprender los caminos del viento. ¿No vengo Yo saltando sobre los montes? No estoy atrapado a los montes. ¿No vengo yo como ciervo, no has visto los ciervos? No se dejan atrapar por esta tierra. Quiero que seas así como el águila, sé como el águila, remóntate a los lugares altos donde puedo quebrar, quebrar las cáscaras. Puedo quebrar, quebrar las cáscaras para que nazcan los hijos. No ames tu cáscara tanto, ama al que quiebra la cáscara, que quiebra la cáscara en los lugares altos.

Ama al Altísimo, ¿no es este mi Nombre, el Altísimo? El de lo alto, el Altísimo. ¿No moro Yo en las alturas? Padre nuestro que estás en los cielos, déjanos subir al cielo, a lo celestial y vamos a santificar tu Nombre. No puedes santificar el Nombre del celestial con lo terrenal, con el esfuerzo terreno. Esto han hecho los fariseos, sepulcros blanqueados, hipócritas. Con el fruto del árbol del bien y del mal, con el fruto del árbol han querido santificar el Nombre.

¡No, no, no! El Nombre no se santifica con la fuerza del hombre, con el brazo de la carne, con los rituales humanos, con la circuncisión de la carne, con los rituales de dar, con los rituales de los días, las fechas. ¡No, no, no! El Nombre se satisface, se santifica, se complace en Espíritu. ¿No he dicho así Yo? No es en el monte de Jerizim, no es en Jerusalén. ¡No, no, no! Es en el Espíritu, es en el Espíritu.

¿Quieres más de esta agua? Sube arriba a beber de esta agua. Es arriba donde está la respuesta, es arriba donde está la respuesta de la gracia, el oportuno socorro. No está abajo con los que

guardan las normas y las reglas escritas en mi Palabra. ¡No, no, no! Está arriba con los que tienen la revelación de la Palabra. ¿No eran los fariseos guardadores de la ley, de la letra? ¿Y no era Juan viento que viene del desierto? Porque vivía en el desierto, por los vientos, pues. ¿No es el desierto el lugar de viento, y no ha salido del viento la voz que prepara el camino del Señor? ¿Y no debe ser mi Iglesia así hoy día, la voz de entre los vientos del desierto? ¿No dice la Escritura deja las noventa y nueve en el desierto, lugar de viento? ¿Por qué Jesús era hombre de desierto? ¿Por qué los hombres de Dios han sido hombres de desierto? Por el viento, pues. ¿No fue lo que Elías oyó, el viento?

Se persona del viento, el viento no es hacer lo que tú quieres, el viento es vivir para otro, para el que se sienta en el trono. El viento no te lleva a hacer lo que quieren tus emociones, tus libertades, tus deseos. ¡No, no, no! El viento te lleva a vivir como ÉL quiere que vivas, a morir como ÉL quiere que mueras. El viento te enseña la cultura del que está sentado, no tu cultura terrenal, carnal, la cultura del celestial, espiritual, del Espíritu, de la Casa, de la autoridad, del orden, del viento de la libertad, de la verdad, de la justicia, de la compasión, de la misericordia, de la verdad, en Espíritu y en verdad.

¡No, no, no! El viento no es para complacerte, no está diseñado para complacerte. Así son los Nicodemos. Nicodemo, ¿cuantos años has estado remando el barco y fielmente lo has remado, lleno del temor de Dios, y te has apartado del mal? Pero, Nicodemo, no has ido a ningún lugar, sigues en el mismo lugar. ¿No entiendes Nicodemo el viento? ¿Nicodemo?

¿No es así mi Casa, llena de ropas hermosas sacerdotales, llena de honra, temor de los hombres por las gentes que manejan la economía del Altísimo? Pero cuando mi Casa es como Nicodemo no ha ido a ningún lugar, no ha hecho nada, el reino de los cielos no ha avanzado. Nicodemo, aprende el viento,

aprende el viento. ¿No produce la mujer viento cuando va a nacer el bebé? ¿No le he dicho a Nicodemo: Necesario te es nacer? ¿No ha sido el soplo en el día de Pentecostés como el soplo de una mujer que da a luz? Aprende a producir viento, se gente del viento.

El que produce viento es el que se para delante del Dios Altísimo, muerto a sí mismo y ora: “Llévame tú Señor, pero restaura el viento en tu Casa”, y se pone en el lugar de la muerte, entre la muerte y la vida, y está dispuesto a ser cortado de la tierra para que el viento sea restaurado en la Casa del Señor. ¿Es este tu corazón? Porque el que hace esto sabe el tesoro, conoce el tesoro escondido. Compra el campo y le dice: “Señor, aquí está mi vida” y Yo puedo recoger esa vida en ese instante, tengo todo el derecho y a veces lo hago, porque tengo todo el derecho, porque soy Dios. Pero, ¿es así tu clamor, está en este punto tu clamor entre la vida y la muerte por el viento en mi Casa, no porque Yo te dé no sé qué? ¿Qué me cuesta darte? Nada.

Oye el viento, mira, mira a tu alrededor, mira a tus hermanos, todos con otra ropa. Mira a tus hermanos, todos con otra ropa. Mira a los hombres en la calle, todos con otra ropa. Llenos de temor por el viento, mira la figura. Mírate a ti con otra ropa, tu fragilidad. Sopla el viento y los hombres demuestran su fragilidad y se tapan llenos de ropa. ¿No cambia el viento el ropaje? Así es, dice el Señor, así es.

No seas persona de programas ni esfuerzos humanos. Se hombre del viento, se hombre del viento. No el viento de los hombres, el falso viento de los hombres, el viento del Altísimo, el viento del Espíritu. Deja que mi Espíritu gobierne mi Casa. Suelta el gobierno de la Casa, entrega al Espíritu sin condiciones. Deja que el Espíritu guíe mi Casa, lleve mi Casa. Tú se persona del viento, dice el Señor. Así dice el Señor.